

LAS CRITICAS DE G. E. MOORE A LA DOCTRINA ETICA DEL HEDONISMO

Dr. Miguel Da Costa Leiva

El hedonismo es una postura ética que ha estado presente desde la época de los griegos. Ha sido reivindicada por autores y escuelas filosóficas como una de las más convincentes desde el punto de vista de la ética. Sostiene, en síntesis, que el placer es lo único bueno o, en su forma excluyente, nada es bueno sino el placer. Moore plantea, desde el principio de sus reflexiones expuestas en el Capítulo Tercero de su famosa "Principia Ethica", algunas críticas a las cuales nos vamos a referir enseguida. Parte, sosteniendo que el hedonismo suele presentarse comúnmente bajo el ropaje de la ética naturalista. Señala, que los defensores de esta doctrina sostienen vehemente que el placer está implicado en la definición de bueno.

Pero qué tan verdadera es esta última afirmación se pregunta Moore. La implicación señalada se deriva de una cuestión de fondo: hay una especie de invisible conexión del hedonismo con la falacia naturalista. Moore, en la primera parte de su libro, ha sido enfático en sostener que el naturalismo es un método de acceso a la ética, incompatible con la posibilidad de cualquier ética. Este método consiste en sustituir "bueno" con alguna propiedad de un

objeto natural o de una colección de objetos naturales, y en reemplazar, por lo tanto, la ética con alguna ciencia natural. Las teorías naturalistas son todas aquellas que postulan que "bueno" es una propiedad, simple o compleja, de algún objeto natural simple o complejo. Por naturaleza se entiende aquello que incluye todo lo que existido, existe o existirá en el tiempo. El error básico en esta clase de razonamiento es que se ha pensado que el que una cosa sea buena significa que posee esta cualidad única y que, por lo tanto, sólo lo que la posee es bueno. Aquí reside el origen de la falacia naturalista y por ello esta clase de teorías han sido aceptadas.

Según Moore, el filósofo inglés Sidwick fue el único de su época que reconoció que "bueno" es algo inanalizable y que si el hedonismo quiere ser una teoría verdadera su pretensión se apoya únicamente en su propia evidencia, es decir, el juicio: "el placer es lo único bueno" es una intuición. Nadie antes reparó en esto.

Por otra parte, el hedonismo es la primera conclusión que llega cualquier persona cuando empieza a reflexionar sobre ética. Resulta fácil darse cuenta que nos placen algunas cosas y otras no. Pero resulta muy difícil distinguir el hecho que "aprobemos" una cosa del que estemos "complacidos" con ella. Son dos estados psicológicos distintos. Es muy difícil ver o distinguir que con "aprobar" una cosa damos a entender un "sentimiento" que posee un cierto predicado. Expresiones como: "deseo esto", "me gusta esto", "me importa esto", se usan como equivalentes a "pienso que esto es bueno". Es natural entonces llegar a

suponer que no hay distintas clases de juicios éticos sino sólo la clase de las "cosas gozadas", a pesar de que comúnmente no siempre aprobamos lo que gozamos. Se produce una confusión lógica muy común cuando se dice: "pienso que es bueno" es igual a "estoy complacido de esto". No puede inferirse de lo anterior que "solo el placer es bueno".

Hay razones para suponer que el hedonismo es una forma del naturalismo. Su aceptación se debe, como dijimos, a la falacia naturalista. En esto, Moore es enfático. La pretensión del método hedonista se funda en el principio de que el curso de la acción que acarree el mayor saldo de placer es la correcta. Este principio sólo puede justificarse si el placer es lo único bueno.

Moore entiende por hedonismo la doctrina de que "sólo el placer es bueno como fin" ("bueno entendido como "indefinible", como dejó demostrado en el capítulo primero de su libro). Hay que tener cuidado de distinguir aquella doctrina que afirma "que el placer entre otras cosas es bueno como fin, no es hedonismo". Moore dice que, al atacar al hedonismo, ataca únicamente la doctrina que sostiene que: "sólo el placer es bueno como fin o en sí mismo". No le discute a los hedonistas sus conclusiones prácticas. Niega que la corrección de sus conclusiones constituya ninguna base de donde inferir la corrección de sus principios. Los hedonistas -dice- utilizan un razonamiento falaz para sacar sus conclusiones. Moore discute la excelencia de sus razonamientos.

Los hedonistas sostienen que **todas las cosas** -excepto el placer- son sólo buenos como medios para el placer o en razón de él,

nunca en razón de ellos o como fines en sí. Esta doctrina ha sido sostenida por Aristipo, Epicuro, los utilitaristas, Bentham, Mill, Spencer y Sidgwick. Difieren en lo que entienden por hedonismo como también por **las razones** que dan para que se les acepte su doctrina como verdadera.

Moore se empeña en efectuar un examen de la doctrina de Mill expuesta en su obra "El Utilitarismo", para reafirmar sus contundentes críticas. Para ello propone seguir estos dos principios metodológicos:

- 1.- No cometer la falacia naturalista.
- 2.- Observar siempre la distinción entre medios y fin.

Señala a continuación que sólo se referirá a los errores que comete Mill en esta obra. Hay que tener presente el principio hedonista que afirma que "el placer es la única cosa a la que debemos tender; la única que es buena en sí mismo". Mill utiliza una serie de afirmaciones en que expresa esta definición del hedonismo ("el placer y la liberación del dolor son las únicas cosas deseables como fines"). ¿Cuáles son las razones para sostener que este principio sea verdadero, se pregunta Moore?

Ya se ha dicho que las cuestiones acerca de **fines últimos no son capaces de demostración directa**. Por lo mismo, debe admitirse que todo lo que es bueno como fin, es bueno sin necesidad de prueba. Mill comete el error, sin embargo, de utilizar los términos "deseable" o "deseable como fin" como **equivalentes** a "bueno como fin".

La doctrina utilitarista establece que la felicidad es deseable -la única cosa deseable- **como fin**; todas las demás son sólo como medios para alcanzar un fin. Mill

establece en varios párrafos de su obra que "la única evidencia que es posible ofrecer de que algo es deseable, es que la gente lo desee realmente"... y agrega: "No puede ofrecerse razón alguna de que la felicidad general sea deseable, excepto que cada persona desea, hasta el punto en que la cree alcanzable, su propia felicidad. Mill hace uso aquí de la **falacia naturalista**. Pretende demostrar que "bueno" significa "deseado".

Deseable no significa "capaz de ser deseado" tal como "visible" significa "capaz de ser visto", aclara nuestro autor. Deseable significa "lo que **debe o merece** desearse, tal como "detestable" significa lo que debe ser detestado; y lo "condenable", lo que merece ser condenado. Mill ha pasado de contrabando otra noción oculta en "deseable". Indudablemente "deseable" significa "lo que es bueno desear", pero esto no significa que sólo son posible los **buenos deseos** ¿Acaso no son posible también los malos deseos?. Lo que se desea no es pues sin más bueno, y bueno en la medida en que es deseado. Si lo deseado fuera, sin más, bueno, entonces "bueno" sería ipso facto, el motivo de **todas nuestras acciones**. Si la explicación que da Mill de "deseable" fuera verdadera, entonces su proposición acerca de que la regla de acción puede confundirse con su motivo **es falsa**. Estos son ejemplos de **contradicciones** que se siguen del uso de la falacia naturalista.

En conclusión, el primer paso de Mill al establecer su hedonismo, es falaz. Trata de establecer la identidad de lo bueno con lo deseado, confundiendo el sentido propio de "deseable" (denota lo que es bueno desear)

con el sentido que tendría si fuera análogo a términos tales como "visible".

El segundo punto de Mill es mostrar que, si sólo el placer es bueno, **sólo el placer es realmente deseado**. Es lo que Sidwick llama "**hedonismo psicológico**", una doctrina que los psicólogos de la época de Moore rechazaban.

Algunos filósofos pues sostienen que el placer es el objeto de todo deseo y que es el **fin universal** de toda actividad humana. Pero el hombre desea **otras cosas** (comida, bebida, dinero). El problema es ¿qué se entiende por deseo y por objeto de deseo".

Se afirma una clase de **relación necesaria** y universal entre **deseo y placer**, ¿qué clase de relación es ésta?. Es necesario distinguir entre los juicios: "el placer es siempre objeto del deseo" y "el placer es siempre causa del deseo". Ambas concepciones podrían confundirse con un mismo lenguaje, ambas podrían sostener que "siempre deseamos por causa de algún placer. Podríamos preguntar: "¿Por qué deseo esto? - Se responde: Porque hay placer en eso". También: Por qué hay placer en esto. Las dos respuestas **no significan** lo mismo.

¿Qué se entiende por el estado psicológico llamado "deseo"? Se trata de **un estado mental** que presenta la idea de un objeto o suceso **todavía no existente**. ¿Cómo entra el placer en esta relación?. Según Moore (ejemplo de desear un vaso de oporto), la idea de beber origina un sentimiento de placer que ayuda a producir ese estado de actividad incipiente llamado "deseo". Por causa del placer que experimento **yo**, por el **placer excitado ante la sola idea**, deseo el vino (o cosa) que no tengo todavía. Es decir, un

placer real, es siempre una de las causas de todo deseo, y no sólo de todo deseo, sino de toda actividad mental, sea consciente o inconsciente.

¿Cuál es la doctrina contraria, la de Mill?. Es que, cuando deseo el vino, **no es vino lo que deseo** sino el placer que espero me reporte. Es decir, se trata de una doctrina que afirma que la **idea** de un placer moral causa siempre deseo. Moore, en cambio afirma que el **placer real**, causado por la idea de algo, causa siempre deseo. Son dos teorías diferentes que confunden los hedonistas psicológicos. Bradley les llama "pensamiento placentero" y "pensamiento de placer". Sólo en este último caso puede decirse que el placer es **objeto** de deseo o motivo de la **acción**.

Veamos cómo esta distinción se aplica al hedonismo ético. Es obvio que la idea del objeto de deseo no es siempre la idea de placer. No siempre nos damos cuenta, cuando deseamos una cosa, que esperamos obtener placer. Sólo nos damos cuenta de la cosa que deseamos si ella nos da placer o dolor. Además, aún cuando esperaríamos obtener placer, sería muy raro que "sólo" deseáramos placer. (Si deseo un vaso de oporto tengo **también** la idea de placer que espero de él. Si fuera sólo el placer mi **único** objeto de deseo entonces podría cambiar el vaso de oporto por cualquier otro licor) En conclusión, la teoría de que lo que se desea es siempre y sólo el placer, **debe desecharse**. Debemos sustituirla por la teoría que señala que el placer es siempre la **causa** del deseo.

Mill sostiene la tesis que: "la felicidad es el único fin de la actividad huma-

na". Pero sostiene asimismo que el dinero se desea en muchos casos en y por sí mismo. Estas afirmaciones se contradicen con la doctrina que el placer es la única cosa deseable, por ser la única cosa deseada. Para evitar esta contradicción Mill dice que el dinero y otros objeto semejantes, cuando son deseados en y por si mismos, se desean como **"partes de la felicidad"** ¿Qué significa esto?. Significa no establecer bien lo que es distinto. Según Moore, Mill no distingue lo que es medio de lo que es fin. No ha podido distinguir "fin" en el sentido de lo que es deseable, de "fin" en el sentido de lo que es deseado. Esto es consecuencia de la falacia naturalista (según su hipótesis principal) y de la falacia de confundir los fines con los medios.

A pesar de lo difícil, Moore intenta producir un mutuo acuerdo acerca de que el principio fundamental del hedonismo es un absurdo. Procede a examinar el **hedonismo intuicionista**. Dice que no es posible dar una demostración directa de qué cosas o realidades son buenas por lo que significa "bueno". Mill apela a una "prueba indirecta", a la intuición de que "sólo el placer es bueno como fin, bueno en sí y por si mismo".

Moore analiza otra hipótesis de la doctrina de Mill, rechazada ya por Sidgwick. Se trata de la "diferencia de **calidad** de placeres". El placer más deseado es el que tiene mayor preferencia. Es superior el placer que admite un gozo preferido. Bentham, por su parte, basa su hipótesis del hedonismo sólo "en la **cantidad** de placer". (si un juego infantil y la poesía dan igual

placer, entonces el juego infantil es igual a la poesía).

Moore sostendrá que la hipótesis de Mill es incompatible con su doctrina hedonista; no ofrece base para apoyarla. Se funda en la "**preferencia**" del mayor número de personas que ha experimentado un placer. Se basa en la preferencia de los conocedores. Mill no utiliza bien el término placentero ("**más** placer"). Placentero debe denotar alguna cualidad común a todas las cosas que son placenteras. Si esto es así, una cosa podrá ser más placentera que otra, en la medida que tenga esa cualidad en mayor o menor grado.

Mill se apoya en la preferencia. ¿Qué significa "preferido"? No puede significar "más deseado", puesto que el grado de deseo se da siempre -según Mill- en proporción exacta al grado de placer. Pero esto produce un colapso a la base del hedonismo. Admite que una cosa puede ser preferida en lugar de otra y por lo tanto ser más deseable, aunque no sea más deseada. El **juicio de preferencia** de Mill se transforma en un **juicio intuitivo**. Se trata de un juicio independiente respecto a si una cosa es más deseada o placentera que otra. Y esto equivale a admitir que bueno es bueno e indefinible.

Además, el juicio de preferencia es incompatible con el principio de que "sólo el placer es bueno". Mill admite que los conocedores juzgan si un placer es más deseable que otro a causa de su **diferencia cualitativa**. Esto significa que si un placer difiere de otro es porque el placer es algo **complejo**, compuesto de placer, "**sumado**" a lo que produce placer.

Tenemos pues, que un placer es un término engañoso (que **oculta** aquello que **"produce"** placer, más el placer que este produce.) Mill comete otra vez la falacia de confundir los fines y los medios. Es como el ejemplo del color. Podríamos decir que nuestro fin es sólo **el color**, pero es imposible tener el color sin tener antes un color particular. Este es sólo un medio de tener color, si éste es realmente nuestro fin (nuestro **único** fin posible, como dice Mill del placer). No hay razón entonces para preferir un color (placer) en lugar de otro, excepto que un color fuera más color que otro.

Moore sostiene que si por "placer" se da a entender algo común a todos los diferentes "placeres"; es algo que puede existir en distintos grados, pero que no puede **diferir en género**. Si se toma en cuenta, la **calidad** del placer, entonces, ya no se puede sostener que el placer "sólo" es bueno como fin, puesto que implica que **algo** que no está presente en todos los placeres es también bueno como fin. (Si decimos que el color es el fin, entonces **todos** los colores serán buenos como medios; pero **ninguno** podrá ser mejor que otro, inclusive como medio. Menos podrá considerarse alguno como un fin en si mismo); lo mismo ocurre con el placer.

Estas dos concepciones: "solo el placer es bueno como fin" y "un placer puede ser de mejor calidad que otro", son incompatibles, **contradictorias**. Hay que elegir una de ellas.

Sidgwick rechazó la segunda. Moore analiza los argumentos de este rechazo y la elección de la primera. Sidgwick sostiene en su obra "Los métodos de la Etica" (I, IX4 y

III, XIV, 3-5), que nadie consideraría racional aspirar a la producción de la belleza en la naturaleza externa, fuera de toda posible contemplación de ella por los seres humanos. Moore dice que él lo considera racional. Uno puede imaginar un mundo plenamente bello y otro mundo plenamente feo. Y los puede comparar. ¿Es irracional sostener que **es mejor** que exista el mundo bello que el que es feo?. ¿No sería bueno, en todo caso, que hiciéramos lo posible para realizarlo más bien que al otro?. Cuando el hombre elige tiene que considerar los posibles efectos de su acción sobre los seres conscientes. Algunos de estos efectos **se preferirán** a la existencia de la nueva belleza. La persecución de la belleza por la belleza misma puede posponerse a la persecución de algún bien mayor que sea igualmente obtenible.

No hay ninguna razón que obligue a preferir la belleza antes que la fealdad. Si así fuera no podríamos **elegir** un curso de acción por otro, un deber por otro. Si se admite que un mundo bello es "en si" mejor que el feo, entonces se sigue que, su nueva existencia no añade, con todo, "algo" de bondad del todo. No sólo es un medio para conseguir nuestro fin, sino también **una parte** de él.

El segundo análisis de Moore se refiere al argumento de Sidwick en que se sostiene cuáles son las partes de la existencia humana que pueden ser consideradas realmente como fin último. Algunos piensan -dice Sidwick- que podemos considerar el conocimiento de la verdad, la contemplación de la belleza, la acción libre o virtuosa, como **alternativas preferibles** al placer a la

felicidad. Pero rechaza esta consideración a menos que estas alternativas **contribuyan a aumentar el placer** o a disminuir el dolor, de los seres sensibles. Sólo el placer es bueno por mor a él, las demás alternativas son sólo medios para conseguir placer.

Moore pregunta ¿qué es el placer?. Es algo de lo que podemos percatarnos. Por lo tanto, puede distinguirse de nuestra conciencia de él. ¿Puede diferenciarse o separarse el placer de la **conciencia** de él?. ¿Valoramos el placer sólo cuando nos percatamos de él?. ¿Podría existir un placer divorciado de la conciencia y que sin embargo tendemos a él por causa de él? Moore dice que un placer así, divorciado de la conciencia, es imposible que exista, aunque mucha gente así lo cree.

Moore recurre a un texto de Platón (Filebo 21A) para analizar el problema que señala que el placer es valioso de sí, distinto de la conciencia. El texto concluye que si se sostiene que el **placer** es bueno como **fin**, entonces debemos sostener que es bueno, **seamos o no conscientes de él**. El caso es igual a los colores. Puede suceder, sin embargo, que sea mucho más posible que fuéramos capaces de tener el más intenso placer, sin percatarnos de modo alguno de su presencia, a que fuéramos capaces de tener el mero color, sin que se tratara de un color particular. Es decir, el placer y la conciencia pueden distinguirse más fácilmente entre sí que el color de los colores particulares. Moore, no obstante, insiste en su tesis que el placer no tiene valor sin la conciencia. Por lo mismo, el placer no es el único fin. Tiene que **incluirse la conciencia** con él como verdadera parte

del fin. Rechaza por lo tanto la idea que la conciencia sea un medio para el placer (fin).

Concluye Moore que el hedonismo se moverá en el error mientras sostenga que sólo el placer y no la conciencia de él, es lo único bueno. Este error se debe a la falacia de confundir los medios con el fin. Se da por supuesto -falsamente- que el placer debe ir siempre acompañado de conciencia y que por tanto es indiferente que digamos que el placer o la conciencia del placer, es lo único bueno. Pero si preguntamos qué es lo bueno en sí, estamos obligados a **distinguir** estos elementos; la alternativa es: o el placer por sí mismo es todo lo deseado, o la conciencia de él será más deseable todavía. Estas dos proposiciones no pueden ser verdaderas ambas. Sólo es verdadera la segunda, apunta Moore, de donde se sigue que **el placer no es lo único bueno**.

Moore añade que si se sostuviera que la conciencia del placer -y no sólo éste- es lo único bueno, no perjudica mucho al hedonismo, puesto que éste siempre ha entendido por placer "la conciencia del placer". Pero incluso "la conciencia del placer no es lo único bueno", puesto que ésta es **menos valiosa** que otras cosas. De nuevo aquí reparamos en el error de las falsas distinciones que se han hecho de los conceptos.

Moore propone el **único método** seguro para descubrir qué grado de valor tiene una cosa en sí. Consiste en ver qué valor debemos adjudicarle al placer si es que se da en un aislamiento absoluto, despojado de todas sus compañías usuales.

Sidwick sostiene también, que hay otras

cosas que comparten con el placer el atributo de la bondad. El sentido común así lo afirma, puesto que algunas cosas "producen" placer. Pero, este argumento es muy tosco. Suponiendo que los juicios del sentido común son correctos, sólo mostrarían que el placer es un buen criterio para juzgar de la acción correcta; que la misma conducta que produce más placer, produce más bien. Pero de este argumento **no podemos concluir** que el mayor placer "constituye" lo que en general **es mejor**. Queda la posibilidad que la mayor cantidad de placer va acompañada prácticamente -bajo condiciones reales- de la mayor cantidad de **otros bienes**, y por lo tanto, **no es lo único bueno**. Aunque estas dos cosas se den raramente en proporción recíproca, no podemos negarla.

Moore vuelve analizar el primer argumento de Sidwick. Hace dos observaciones importantes. En lo que respecta a "recurrir" a nuestro "juicio intuitivo" se refiere a la afirmación de que la "felicidad deba estar incluída como parte del bien último". Señala que considerar la felicidad como mera parte del bien último no concuerda con los hechos de la intuición. Es por el contrario suficiente para mostrar que **es parte del bien último**. Del hecho que **una parte** de todo carezca de valor, considerada en sí misma, no podemos referir que **todo el valor** perteneciente al todo resida en la otra parte, considerada en sí. Es posible que este otro constituyente tampoco tenga ningún valor en sí, que el valor pertenezca a la situación entera y a ella solamente.

El argumento de Sidwick es erróneo a causa del descuido del principio de la

"relaciones orgánicas", tratado en el Cap. I. El argumento es engañoso: si vemos que una situación entera es valiosa y también que uno de sus elementos no tiene valor en sí, el otro elemento debe, entonces poseer **en sí** todo el valor que pertenece a la situación entera. Pero las cosas se dan **en forma contraria**. Si el todo es orgánico, el otro elemento no necesita tener valor alguno, pero si lo tiene, el valor del todo puede ser mucho más grande. Por eso que es esencial considerar cada **cualidad** distinguible "aisladamente", a fin de decidir qué valor posee.

Es bien engañoso considerar un todo que sea valioso. Con el placer se comete el error de creer que es un constituyente necesario de **los todos** más valiosos. Nos parece natural suponer que los otros constituyentes en que podemos analizar estos todos no tienen valor alguno. Por eso suponemos que todo el valor pertenece al placer. La conclusión es que ni el placer ni la conciencia del placer son lo único bueno, tomados separadamente.

Se puede hacer más evidente la idea de que el valor de un todo placentero no pertenece únicamente al placer que contiene analizando el argumento de Sidwick que el placer de una cosa está en proporción con su aceptación por el sentido común. Moore estima que este argumento es defectuoso. No subraya suficientemente la distinción entre el placer **inmediato** y el **conducto** al placer. El sentido común confunde los medios con el fin; lo que sostiene que es mejor como fin, es en realidad, sólo mejor como medio. Sería paradójico y falso sostener que si pudiéramos obtener el mayor placer, incluso

mediante el abandono o uso de la bestialidad, tal estado de cosas constituiría una especie de paraíso si el esfuerzo del hombre se dedicara por completo a ello. El sentido común difícilmente aceptaría las formas más bajas del goce sexual -positivamente malas- en base a que ellas dan gran cantidad de placer.

Por otra parte, la conciencia del placer no es lo único bueno. Para demostrar esta conclusión basta aislar la conciencia del placer. ¿Sería deseable esta sola conciencia del placer? Por supuesto que no. La conciencia del placer se combina con la conciencia de otras cosas. No se da sola. Existen muchas otras situaciones en las que ella está incluida como parte que son mucho mejores que ella. Con este argumento el hedonismo se viene abajo.

El hedonismo suele presentarse bajo dos formas: el **egoísmo** y el **utilitarismo**. El egoísmo sostiene que cada uno debe perseguir su propia y más alta felicidad como fin último. Admite a veces que los mejores medios para este fin radican en dar placer a **otros**. A veces esta clase de placeres son mayores. Es necesario por lo tanto, **distinguir** inmediatamente el egoísmo del altruismo. El egoísmo, en tanto se opone al altruismo, es un **egotismo**, es decir, un hombre es egoísta cuando sus acciones sólo se dirigen a obtener un placer propio. El altruismo denota la teoría de que debemos tender siempre a la felicidad de otras gentes sobre la base de que éste es el mejor **medio** para alcanzar nuestra felicidad y la de otros. Un egoísta pues, puede también ser un altruista; puede amar a su vecino en tanto eso es el mejor medio para ser feliz

él mismo. También puede ser, al mismo tiempo, un **utilitarista**.

Este tipo de egoismo, antialtruista, sostiene que su mayor felicidad propia es la única cosa buena que hay. El argumento de este egoismo es el siguiente: "la única cosa que debo procurar es mi propio interés; pero mi propio interés consiste en mi mayor placer posible; por consiguiente, la única cosa que debo perseguir es mi propio placer". Este razonamiento **identifica** "mi propio interés" con "mi propio placer". Si se observa bien, esta falsa identificación no se efectúa nunca en el pensamiento ordinario. Cuando una persona habla de "mi propio interés", no se refiere a "mi propio placer", sino a la obtención de una mejor renta, la propia mejoría, la propia reputación, etc. Esta confusión fue vista claramente por Platón.

¿Qué se entiende por "mi propio bien"? ¿En qué sentido una cosa puede ser buena **"para mi"**? La única cosa que puede ser mía es algo que es bueno y no el hecho de que sea buena. Algo que obtengo como "mi propio bien" o que la cosas que obtenga es buena, o que mi acto de poseerla lo es. En ambos casos es sólo la cosa o su **posesión** lo que es "mio", y no la **"bondad"** de esta cosa o de esta posesión. Si es verdad pues que "el interés", la "felicidad" de cualquier hombre particular deba ser su único bien último, esto sólo significa que el interés o la felicidad de "este" hombre es lo "único bueno", el bien universal y la única cosa a lo que cualquiera debe tender. Lo que el egoismo sostiene es que la felicidad de "cada" hombre es lo único bueno, que un gran número de cosas diferentes es "cada una" la

única cosa buena, lo cual es una contradicción absoluta.

A pesar de lo anterior Sidwick sostiene, que el egoísmo es racional, modificación que Moore rechaza a través de un extenso argumento lógico. Que la felicidad de cada uno de los hombres sea lo único bueno (principio del egoísmo), es una contradicción en sí. Que la felicidad de todos sea lo único bueno (principio del hedonismo universal) es otra contradicción. Sidwick confunde esta contradicción con el hecho (en que no hay contradicción) de que nuestra mayor felicidad propia y la de todos nos parecen ser alcanzables siempre por los mismos medios. Decir que tengo que escoger entre mi propio bien y el de todos es una falsa antítesis. La única cuestión racional es cómo escoger entre el mío y el de otros; el principio es el mismo que aquel bajo el que debo escoger si proporcionar placer a esta otra persona o aquella.

La doctrina del egoísmo pues, es autocontradictoria, debido principalmente a que no se percibe el sentido confuso que tiene la frase "mi propio bien". Esta confusión y contradicción están implicadas en la transición del hedonismo naturalista al utilitarismo. Hay aquí el uso de la falacia naturalista. Mill argumenta así: "un hombre desea su propia felicidad; luego su propia felicidad es deseable. Además, un hombre no desea sino su felicidad, por consiguiente, su propia felicidad es lo único deseable:" Cualquiera desea así su propia felicidad, entonces se seguirá que la felicidad de todos es lo único deseable. Esto es una simple contradicción. ¿Que significa lo anterior? Indica que la feli-

cidad de cada hombre es la única cosa deseable; luego muchas cosas diferentes son **cada una la única** cosa deseable. Esta es la contradicción fundamental del egoísmo. Mill infiere de su proposición "la felicidad de cada hombre es su propio", bien, la proposición: "la felicidad de todos es el bien de todos". Si entendemos lo que "su propio bien" significa, es obvio que la última sólo puede inferirse de "la felicidad de todos es el bien de cada uno". El hedonismo naturalista conduce, por lo tanto, sólo al egoísmo.

Moore pasa enseguida a efectuar algunas interesantes observaciones al utilitarismo. Dos puntos merecen destacarse. El primero consiste en que su nombre no sugiere que nuestras acciones sean juzgadas de acuerdo con el grado en que son medios para el placer. Su sentido natural es que el patrón de rectitud y maldad de la conducta lo constituye su tendencia a promover el **interés** de cualquiera. Por "interés" se entiende generalmente una variedad de **bienes diferentes**. Se integran en una sola clase sólo porque son los que un hombre desea para sí. Lo "util" significa lo que es un medio para la obtención de **bienes distintos** de los morales. Nótese esta definición y su lejanía o no relación con lo moral. Estos bienes generalmente son considerados como buenos en tantos son medios para obtener placer.

El nombre "utilitarismo" se adoptó para hacer incapié en el hecho de que la conducta recta o errónea debe ser juzgada de acuerdo con sus **resultados**, es decir, como medio. El utilitarismo está justificado como doctrina cuando insiste que lo recto debe

significar lo que produce los mejores resultados posibles. Pero esta tesis correcta desgraciadamente ha sido históricamente asociada a un doble error:

1.- Se supuso que los mejores resultados posibles consisten sólo en una clase limitada de bienes, aquellos que coinciden con aquellos que se distinguen popularmente como resultados de lo meramente "útil" o de "acciones interesadas", y se supuso apresuradamente que éstos son buenos sólo como medios para obtener placer.

2.- Los utilitaristas tienen la tendencia a considerar todo como mero medio. No consideran que algunas cosas que son buenas como medios son también buenas como fines. Por ejemplo, si se supone que el placer es bueno, hay la tendencia a considerar el placer presente sólo como medio para un placer futuro, y no a ponderarlo también en comparación con futuros placeres posibles.

Los argumentos utilitaristas, implican el absurdo lógico de que lo que es aquí y ahora nunca tiene valor en sí, sino que hay que juzgarlo únicamente por sus consecuencias, las que a su vez, realizadas, no tendrán valor en sí mismas, sino serán medios para un futuro todavía más lejano y así hasta el infinito.

El segundo punto importante con respecto al utilitarismo es considerar el hecho que, cuando se usa el nombre de utilitarismo para una especie de hedonismo, no se distingue con claridad en la descripción de su fin, entre medios y fin. Su fórmula común es que el resultado mediante el cual hay que juzgar las acciones consiste en "la mayor felicidad del mayor número". Es evidente, sin embargo, que si el placer es lo

único bueno, con tal que la cantidad sea igualmente grande, se obtendrá un resultado igualmente deseable, sea que lo gocen muchos o pocos o incluso nadie.

En este aspecto, los utilitaristas al parecer, al adoptar el principio hedonista, no han distinguido claramente el placer o la conciencia del placer y su posesión por una persona. El utilitarismo establece, por lo general, que o la mera conciencia del placer, o la conciencia del placer junto con lo mínimo adjunto que pueda significar la existencia de tal conciencia en una persona por lo menos, es lo único bueno. Por lo demás, éste es su sentido en cuanto doctrina ética y, como tal ya ha sido refutada más atrás. Los utilitaristas dedican gran parte de sus argumentos a mostrar que el curso de la acción que produzca más placer es de tal índole que ha de aprobarla el sentido común. Moore sostiene por último, que es dudoso en extremo que las acciones que produzcan más bien en conjunto produzcan también más placer. Los argumentos en favor de esta tesis están todos más o menos viciados.